

JUVENTUD

---

## CAPITULO XLVI

### Cuándo empezó mi juventud

He dicho que mi amistad con Dmitri me mostró nuevos puntos de vista sobre la vida, el fin de la misma y nuestro lugar en este mundo. La base de esta nueva manera de considerar las cosas estaba en la convicción de que el destino del hombre es la tendencia al progreso moral, y que este progreso es posible, fácil é indefinido. Sin embargo, me limité por el momento á regocijarme con las nuevas ideas que se derivaban de esta convicción y á formar planes magníficos para el porvenir.

Por lo demás, nada había cambiado en mi vida, que se deslizaba aun en mil ocupaciones fútiles y en el ocio.

Los pensamientos virtuosos que cambiaba en mis conversaciones con el adorado amigo, aquel maravilloso Dmitri, como solía decirme, no se habían apoderado aún más que de mi mente; el sentimiento había permanecido extraño á ellos. Llegó el momento en que me aparecieron como una revelación moral, tanto, que me asusté al pensar en el tiempo perdido y decidí aplicar inmediatamente, sin pérdida de tiempo, mis ideas á la práctica de la vida con la firme intención de no modificarlas nunca.

En este momento empieza mi juventud. Iba á cumplir los dieciséis años, y seguía tomando lecciones de Saint-Jérôme que continuaba dirigiendo mi educación, preparándome, á pesar mío, para el ingreso en la Universidad. Fuera de estas lecciones, no hacía más que entregarme á raras visiones y á ejercicios gimnásticos para hacerme el hombre más fuerte del mundo; vagaba por todas las habitaciones de la casa, en especial por el corredor de las habitaciones de la servidumbre sin fin alguno, sin pensar en nada concreto, y por último, pasaba largo tiempo ante el espejo y concluía siempre por alejarme de él con un sentimiento profundo de desaliento y disgusto.

Estaba persuadido no sólo de que era feo sino de que ni siquiera tenía los consuelos ordinarios que en tales casos sirven de compensación, pues no podía confesarme que tuviese un rostro expresivo, espiritual ó distinguido.

Nada de expresivo: facciones algo rústicas, vulgares y feas, ojillos grises más estúpidos que inteligentes, sobre todo cuando me miraba al espejo.

Me parecía que había en mis facciones poco de varonil; aún cuando era bastante alto y muy fuerte para mi edad, las facciones nada tenían de enérgico y resuelto. En suma, nada que fuera distinguido; por el contrario me parecía á un campesino; ¡qué manos y qué pies! En la época de que hablo esto constituía á mi juicio una marca de infamia.

## CAPITULO XLVII

### La primavera

Por el año en que fui admitido en la Universidad, la Pascua caía á fines de Abril; de modo que los exámenes caían en la semana del domingo *in albis*. Me vi, pues obli-

gado á dedicar toda la Semana Santa á los preparativos de mis exámenes y mi comunión.

El hielo se había derretido ya, terminando por lo mismo la época de la que Carlos Ivanovitch decía: «El hijo viene después del padre.»

Hacia tres días que el aire era templado y suave; ya no se veía en los caminos ni rastro de nieve. En vez de lodo, aparecía el empedrado húmedo y luciente, y ligeros arroyuelos corrían por todas partes. Las últimas gotas de agua brillaban al sol en los tejados, brotaban las yemas de los árboles del jardín; un camino enjuto conducía á la caballeriza pasando por delante de un montón de estiércol aún helado; delicados y menudos tallos de yerba nacían entre las piedras al rededor de la puerta cochera.

Corría el tiempo en que la primavera influye con mayor intensidad en el alma humana: el sol esplendente, pero sin mucha fuerza, lo iluminaba todo; la nieve derretida ha formado charcos de agua y arroyuelos; el aire es fresco y el cielo de un azul pálido está sembrado de nubes oblongas y transparentes. No sé por qué me parece que la impresión producida por la vuelta de la Primavera es más viva y profunda en una gran ciudad, donde se vé menos, pero se adivina más.

Estaba en pie cerca de la ventana ocupado en resolver una larga ecuación. El sol de la mañana iluminaba, á través de los vidrios dobles de la ventana, el entarimado de la clase, del que se elevaba una nube de polvo. La lección me parecía fastidiosa é insoportable. Con una mano cogí el Algebra de Francœur, que era un librote viejo, y con la otra busqué tiza que me ensuciaba la cara y las mangas de la chaqueta. Kolia, que se había remangado los brazos, quitaba la almáciga de los vidrios exteriores de la ventana que daba al patio y enderezaba los clavos con la tenaza. Su trabajo y el ruido que hacía me distraían, sin contar que estaba de muy mal humor. Todo me salía mal; había cerrado mi cálculo desde el principio, de modo que

era necesario volver á empezar; dos veces se me había caído el yeso y me sentía con la cara sucia; había perdido la esponja y el ruido que hacía Kolia me atacaba los nervios. Tenía necesidad de enfurecerme y de gritar. Tiré el libro y el yeso y me puse á pasear por la estancia. Me acuerdo de que debíamos confesarnos aquel mismo día, por lo que afectando contrición y benevolencia me acerqué á Kolia.

—Espera Kolia, que voy á ayudarte;—dije esforzándome por hablarle con muy dulce acento. La idea de que me conducía bien al dominar mi irritación y ayudar á Kolia, aumentó todavía más mi dulzura.

La almáciga del bastidor había desaparecido y los clavos estaban enderezados, pero por más que Kolia tiraba con todas sus fuerzas, el bastidor no se movía.

—Si el bastidor—dije entre mí—sale al primer envite cuando tiremos de él, quiere decir que hoy no he de continuar estudiando. El bastidor de cristales se desenchajó en seguida y quedó abierta la ventana.—¿A dónde hay que llevarlo?—pregunté.

—La llevaré yo—respondió Kolia, estupefacto y á lo que me pareció, un tanto contrariado por mi celo.—No hay que mezclarla con los demás. Allá arriba en el desván, les pongo un número á cada uno.

—Lo pondré aparte—dije cogiendo el bastidor.—Creo que si el desván hubiese estado distante dos millas y el bastidor hubiera sido doblemente pesado, me hubiera sentido más feliz. Hubiera deseado sucumbir á la fatiga al hacer aquel servicio á Kolia.

Cuando volví á la clase, Kolia estaba barriendo con un plumero la arena y las moscas muertas ó dormidas.

El aire fresco y perfumado había entrado ya en la habitación; se oían desde la ventana los rumores de la ciudad y el gorjeo de los pájaros en el jardín.

Todos los objetos estaban alumbrados por una luz clara, la habitación era más alegre; un vientecillo primave-

ral agitaba las hojas de mi Algebra y los cabellos de Kolia. Me acerqué á la ventana, me senté en el alfeizar y empecé á hacer castillos en el aire.

Un nuevo sentimiento impetuoso y grato para mí, se apoderó de mi alma. La tierra húmeda de donde despuntaban aquí y allá yerbas amarillentas de puntas verdes y por donde corrían arroyuelos que brillaban al sol y que arrastraban pequeñas motas de tierra y pedazos de raicillas secas; los ramos y las yemas llenas de savia de los tilos que se agitaban bajo mi ventana; el gorjeo de los pajaritos que revoloteaban entre los árboles; la pared de la cerca negruzca reblandecida por el deshielo, aquel aire húmedo y perfumado y aquel sol tan alegre, todo me hablaba de algo nuevo y magnífico que no sé decir como se manifestó en mí, pero cuya impresión trataré de reproducir. Todo me hablaba de belleza, de felicidad y virtud; todo me decía que cabe lograrlas igualmente, que la una no podía existir sin las otras y que belleza, felicidad y virtud forman una sola cosa.—¿Como no he podido hasta ahora comprender esto? ¡Qué malo era!—decía entre mí—como podría yo, como habría podido en el porvenir ser bueno y feliz. Es preciso comenzar pronto, ó mejor en seguida, volverse otro hombre y vivir de un modo diferente.—Permanecí sentado junto á la ventana por mucho tiempo fantaseando sin hacer nada.

¿Os ha ocurrido alguna vez en el estío en un día lluvioso tenderos en la cama y despertar al anoecer? Abrís los ojos y por debajo de la persiana movida por el viento divisáis la parte umbría de la alameda de los tilos mojados por la lluvia, la cerca del jardín que resplandece á los rayos del sol; sentís el gorjeo alegre de los pájaros, veís brillar al sol los insectos que revolotean alrededor de la ventana, respiráis el olor característico de tierra mojada y pensáis:—¿No me da vergüenza de pasar durmiendo una tarde tan hermosa como esta? Levantémonos pronto y co-

rramos al jardín para gozar de la vida.—Si os ha ocurrido esto, tenéis una idea de lo que experimenté aquel día.

## CAPITULO XLVIII

### Castillos en el aire

Pensaba: Hoy me confieso, me purifico de todos mis pecados. No cometeré ninguno más,—y pasaba revista á los pecados que más pesaban sobre mi conciencia. Iré todos los domingos á la Iglesia y á la vuelta leeré una hora el Evangelio; después, de los dineros que todos los meses me darán cuando esté en la Universidad, distribuiré dos rublos y medio á los pobres y nadie lo sabrá. No haré limosna á los mendigos, sino que iré en busca de los pobres, en quien no piensa nadie, los huerfanitos, las viejecitas.

Tendré una habitación exclusivamente mía (quizá la de Saint-Jérôme) que pondré en orden á mi gusto y donde mantendré una limpieza extraordinaria. No exigiré nada del criado porque es un hombre como yo. Iré siempre á pie á la Universidad: si me regalan un coche lo venderé y el dinero será para los pobres. En una palabra, haré todas las cosas por mí mismo. Mucho me habría apurado el tener que decir lo que significaba aquel «todas las cosas,» pero sentía vivamente que en aquellas palabras iba envuelto un método de vida activo, virtuoso é irreprochable.

Estudiaré mis lecciones y me prepararé aún más de lo necesario, de modo que pueda salir airoso en los exámenes y escribiré una tesis. Al entrar en el segundo año ya habré agotado todo el programa; pasaré al tercero y á los diez y ocho años seré primer candidato con dos medallas

de oro. Después tomaré la licenciatura, el doctorado y llegaré á ser el primer sabio de Rusia y tal vez de Europa.—  
¿Y después?

Aquí reflexioné que recaía en el pecado del orgullo; precisamente aquel de que debía confesarme por la noche y volví á mi primer tema.

—Para prepararme á las lecciones treparé á la colina de los Pájaros, escogeré buen sitio bajo un árbol y leeré; me llevaré también alguna cosa para comer, queso, dulces ó cualquier otra friolera. Descansaré un poco y me pondré á leer un buen libro ó á dibujar paisajes del natural ó tocaré algún instrumento. (Será preciso que aprenda á tocar la flauta). *Ella* también vendrá á pasearse por «Los Pájaros» se acercará á mí y me preguntará: «¿Quién eres?» Yo la miraré con tristeza (así) y le responderé que soy el hijo de un sacerdote y que me siento feliz sólo cuando me encuentro bajo aquel árbol y cuando estoy solo. Me dará la mano, dirá algo y se sentará junto á mí. Todos los días nos encontraremos en el mismo puesto, nos haremos amigos y la besaré... No, así no va bien. Por el contrario, á partir desde hoy no me fijaré en mujer alguna, no entraré nunca en las habitaciones de las mujeres de la servidumbre y hasta evitaré de pasar por delante de su puerta. Dentro de tres años estaré emancipado y tomaré mujer. Haré muchos ejercicios gimnásticos y á los veinte y cinco años seré más fuerte que Rappo.

El primer día sostendré con el brazo extendido un peso de quince libras, al día siguiente diez y seis, el día después diez y siete y así sucesivamente, hasta que llegue á las sesenta libras cada mano.

Cuando alguien se permita ofenderme ó hablar de *Ella* con poco respeto, lo cogeré como á un muñeco (así) por la chaqueta, lo levantaré con una sola mano á dos ó tres pies del suelo y lo tendré así un rato para demostrarle mi fuerza... y no le haré nada. No... tampoco está bien así...

pero si no he de hacerle daño... sólo le demostraré mi fuerza.

Que no me vengan á echar en cara estas ilusiones de mi juventud con el pretexto de que eran infantiles, como las que me forjé siendo pequeño.

Estoy convencido de que he de vivir largo tiempo y que aún á los setenta años mis pensamientos serán tan infantiles y tan fantásticos como entonces. Soñaré que alguna maravillosa María me amará á mí, viejo desdentado, como se amó á Mazeppa; soñaré que mi hijo, que no es un genio, llega á ser ministro á consecuencia de algún hecho extraordinario y que de pronto me lloverán los millones del cielo. Estoy convencido de que no existe criatura humana que á cualquiera edad esté privada del gran consuelo de fantasear.

Por otra parte, prescindiendo del carácter común á todos estos sueños, esto es, el ser quiméricos é imposibles de realizarse, toda edad, todo individuo los concibe á su modo. En la época que yo considero como limite entre mi adolescencia y mi juventud, sólo cuatro sentimientos formaban la base de todos mis sueños.

En primer lugar, mi amor por *ella*, la mujer de mi imaginación, que yo esperaba encontrar á cada instante y por la cual mis sueños tomaban siempre la misma forma. Tenía un poco de Sonia, un poco de Mascha, la mujer de Vassili (En mis sueños me la represento lavando en el barreño), y algo de una mujer que llevaba al cuello un collar de perlas que yo vela á menudo en el teatro, en un palco vecino al nuestro. El segundo sentimiento era el gran deseo de ser amado. Hubiera querido ser conocido y amado por todos; hubiera querido gritar: «Me llamo Nicolás Irtenef,» y ver á la gente, asombrada de esta revelación, circundarme dándome las gracias por algo.

El tercer sentimiento era la esperanza de una alegría inaudita, una de esas alegrías que vuelven loco; y estaba tan convencido de que dentro de poco llegaría á ser, mer-

ced á mi hada benéfica, el hombre más rico y más célebre del universo, que vivía en la inquieta expectativa del golpe decisivo de la varilla mágica. Creía que la cosa iba á verificarse y que conseguiría cuanto un hombre puede desear, y andaba siempre presuroso porque temía que aquella *cosa aconteciera* cuando yo no estaba presente.

El último sentimiento, el más esencial de los cuatro, era el horror de mí mismo unido á un sentimiento de desesperación, una desesperación tan confundida con mis sueños de felicidad, que no me entristecía. Me parecía tan fácil, tan natural romper con el pasado, borrarlo todo, olvidarlo y principiar una vida nueva en que el pasado no constituyese para mí un peso ni un estorbo. Experimentaba, además, cierto placer en detestarlo, y me esforzaba en verle aún más triste de lo que era en realidad. Cuanto más oscuro era el círculo de mis recuerdos, tanto más claro resaltaba el presente en aquel negro fondo y tanto más luminoso aparecía el porvenir. La desesperación y el deseo ardiente de progreso se hacían sentir vivamente en mí, y esta voz interior fué la nueva tentación de la época de mi desarrollo moral. Ella me dió un nuevo punto de partida y transformó mis miras sobre mí mismo, sobre los hombres y sobre el universo. ¡La voz bendita! ¡Cuántas veces te he sentido! En aquellos tristes momentos en que el alma silenciosa se somete al imperio de la mentira y de la disolución cuantas veces has tronado contra la injusticia, ¡cuántas veces en tu cólera has acusado al pasado haciéndome ver el punto luminoso formado por el presente y forzándome á amarlo con la promesa de virtud y felicidad en el porvenir! ¡Oh, voz bendita! ¿Llegará alguna vez el día en que ya no te sienta?

## CAPITULO XLIX

### Nuestro círculo de familia

Papá durante aquella primavera se detenía rara vez en casa, pero, en cambio, cuando por casualidad no salía, estaba alegre sobremedida. Ejecutaba al piano sus piezas favoritas, ponía los ojos en blanco é improvisaba sobre todos nosotros, incluso Mimi, chistes como el siguiente: «El príncipe hereditario de Georgia había visto á Mimi en el paseo y se había enamorado de ella, enviando al Sínodo una demanda de divorcio; á mí me iban á nombrar secretario de nuestro embajador en Viena, etc.» Y decía estas cosas con la mayor seriedad del mundo.

Asustaba á Catalina con arañas; era muy amable con nuestros amigos Dubkof y Nekliudof. Contaba á todo el mundo sus proyectos para el año siguiente, proyectos que cambiaban cada día y se contradecían uno á otro, pero que siempre eran magníficos. Nosotros los escuchábamos con grande atención, y Liubotshka clavaba los ojos muy abiertos en los labios de papá por miedo á perder una sola palabra. Ora manifestaba la intención de dejarnos en Moscou, en la Universidad, y de ir á pasar dos años en Italia con Liubotshka, ora quería comprar una quinta en Crimea, á orillas del Mar Negro, y pasar allí el verano, ora llevarnos á todos á Petersburgo.

Además de esta grande alegría, noté que se había verificado en papá, en los últimos tiempos, un cambio asombroso. Se había mandado hacer un traje de moda: frac color de aceituna, pantalones largos, gabán largo, (¡le sentaba tan bien el gabán!). Cuando iba de visita se perfumaba

con esmero, especialmente si se trataba de ver á cierta señora de quien Mimi no hablaba sino con grandes suspiros, haciendo unas muécas que parecían decir: «¡Pobres huerfanitos! ¡infeliz pasión! ¡No parará hasta traerla aquí!»

Sabía por Kolia (papá no nos hablaba nunca de estas cosas) que papá había sido muy afortunado en el juego durante el invierno, que había ganado enormes sumas y las había colocado en bonos del Monte de Piedad, decidido á no jugar en la primavera. También sueña irse después de Pascua á Petrovskoe, con las niñas, sin esperar la época de mi ingreso en la Universidad. Yo debía, junto con Volodia, ir más tarde á Petrovskoe.

Durante todo aquel invierno Volodia y Dubkof se mantuvieron unidos (entre ellos y Dmitri empezaba á reinar cierta frialdad.) Sus grandes diversiones, según pude colegir de algunas palabras cogidas al vuelo, consistían en beber mucho champagne, pasear en trineo bajo las ventanas de cierta señorita de quien andaban enamorados los dos y hacerse mutuamente vis á vis en los bailes verdaderos,—no en bailes de niños.—Esta última circunstancia me separaba mucho de mi hermano. Nos queríamos bien uno á otro, pero hay demasiada distancia entre un chico que aun da lecciones y un jovencito que frecuenta los bailes serios y no podíamos resolvernos á mantener una conversación muy larga entre nosotros.

Catalina era una verdadera jovencita y leía muchas novelas. La idea de que se casaría pronto no me parecía ya una broma. Aunque Volodia fuese también un jovencito, no andaban los dos muy de acuerdo; antes bien parecía que se despreciaban mutuamente. En general cuando estábamos solos en casa, Catalina no hacía más que leer novelas y aburrirnos á todos; pero apenas venían visitas se animaba, hacía frases y movía las pupilas de un modo grotesco. Nunca pude comprender lo que quería decir.

Solo más tarde, habiéndole oído que la única coquetería permitida á las niñas es la de las miradas, me expliqué aquellas extrañas muecas que por lo demás sólo á mí me parecían extrañas.

Liubotshka llevaba vestidos casi largos, de manera que sus pies grandes de pato quedaban casi ocultos; pero continuaba siendo una llorona. Su sueño dorado no era ya casarse con un húsar sino con un tenor ó un pianista; y firme en esta idea se ocupaba asiduamente de música.

Saint-Jérôme, sabiendo que no podría permanecer en casa después de mis exámenes, se había buscado un puesto en casa de un conde y nos trataba desde entonces con cierto despego.

Raras veces estaba en casa, fumaba cigarrillos (lo que constituía en aquella época el colmo de la elegancia) y silbaba continuamente triviales canciones.

Mimi se volvía cada día más huraña. Desde que empezamos a ser hombres pareció querer demostrarnos que nada bueno esperaba de nosotros.

Cuando bajé al comedor para almorzar no encontré más que á Mimi, á Catalina, Liubotshka y Saint-Jérôme. Papá había salido. Volodia se preparaba para los exámenes con algunos colegas suyos y había mandado que le subieran el desayuno á su habitación. En los últimos años Mimi solía presidir la mesa, acto al que había quitado todo su atractivo. Ninguno de nosotros respetaba á Mimi y el almuerzo no era ya como en tiempos de mamá y de mi abuela, una especie de ceremonia que reunía á toda la familia en hora determinada y que dividía el día en dos partes. Nos permitían llegar con retraso hasta la aparición del segundo plato, beber vino en vasos grandes (Saint-Jérôme nos daba el ejemplo); sentarnos de un modo descompuesto en la silla; levantarnos de la mesa antes de acabar y otras licencias por el estilo. En suma, las comidas no eran ya para la familia una hermosa solemnidad doméstica como antes.

En otro tiempo cuando estábamos en Petrovskoe, poco antes de las dos, nos encontrábamos todos, después de habernos lavado y mudado de vestido, en el salón en donde se esperaba la hora de la comida charlando alegremente. En el momento en que el reloj del buffet anunciaba con rumor sordo que iba á tocar las dos, entraba Phoca á paso lento con la servilleta bajo el brazo y de un modo solemne anunciaba con voz sonora y cadenciosa: «La comida está servida» y todos nos dirigíamos al comedor muy gozosos, las personas mayores delante y los niños detrás. Era como un huracán de faldas almidonadas, un taconeo de zapatos y botinas, un murmullo de voces, y cada uno ocupaba el puesto que le correspondía.

También en Moscou las comidas eran admirables en el tiempo en que de pie al rededor de la mesa esperábamos á la abuela charlando en voz baja, entre tanto que Gavriilo había ido á anunciarle que la comida estaba servida. Se abría la puerta, se oía el roce de su vestido y el arrastramiento de sus pies y aparecía la abuela, encorvada, con su gorra de lazos lila en la cabeza, sonriente ó cejijunta, según el estado de su salud. Gavriilo se precipitaba sobre su poltrona se producía un estrépito de sillas y sentían correr por todo el cuerpo un ligero escalofrío que anunciaba el hambre. Desplegáis vuestra servilleta bien planchada y húmeda aún, coméis un bocado de pan y esperáis con avidez, alegría é impaciencia, restregándoos las manos por debajo de la mesa, la humeante sopa de la que hace platos el amo de casa repartiéndose con arreglo á la categoría, edad y los deseos de mi abuela.

Desde entonces, muerta la abuela, no sentí al ponerme á la mesa placer ni emoción alguna.

La charla de Mimi, de Saint-Jérôme y de las niñas excitó en mí profundo desprecio que no trataba de ocultar hacia todo lo que se refería á mi hermana y á Catalina. Eran habladerías y chismes sobre las botas del maestro de lengua rusa ó sobre el traje y las galas de las princesas.



Kornakof y otros asuntos del mismo interés. Pero aquel día su charlatanería no logró sacarme de mi virtuosa disposición de ánimo. Era de una dulzura rara, sonreía, escuchaba con placer, pedía con amabilidad que me pasaran el *kuas* y daba la razón á Saint-Jérôme cuando me corregía en la mesa haciéndome observar que en francés «je puis» es más elegante que «je peux.» Sin embargo, debo confesar que me desagradó el observar que nadie hacía aprecio de mi mansedumbre y mi virtud. Después de comer, Liubotshka me enseñó un papel en el cual había escrito todos sus pecados. Hallé que la idea era buena pero que era aún mejor esculpir los pecados en la propia alma y que «esto no era aquello»

—¿Por qué?—me preguntó Liubotshka.

—Es una buena idea, pero... No lo entenderías tú...

Subí á mi habitación diciendo á Saint-Jérôme que iba á estudiar, pero en realidad quería aprovechar la hora y media que me quedaba aún, antes de la venida del confesor, para formar la lista de lo que tendría que hacer y de los deberes que había que cumplir hasta el día de mi muerte, sentando por escrito el objeto de mi vida y las reglas de conducta á que debía atenerme siempre.

## CAPITULO L

### Las reglas de la vida

Cogí un pliego de papel y quise ante todo hacer la nota de mis ocupaciones y de mis deberes para el año próximo. Era preciso rayar el pliego, y no teniendo una regla, cogí como tal el diccionario latino. Obtuve unas cuantas her-

mosas manchas de tinta y además, siendo el diccionario más estrecho que la hoja de papel, cuando la pluma llegaba al ángulo de la tapa, sus líneas se truncaban.

Tomé otra hoja, y habiendo tenido cuidado de levantar el diccionario á cada línea, pude al fin rayarla bien que mal. Dividí entonces en tres categorías mis deberes: los deberes para conmigo mismo, para con el prójimo y para con Dios, y empecé á escribir los primeros. Encontraba tantos y de tantas clases que exigían una infinidad de subdivisiones, y vi la necesidad de empezar por las *reglas de la vida*; después de lo cual haría mi lista.

Tomé seis pliegos de papel, formé un cuaderno que así, y escribí en la cubierta: «Reglas de la vida.» Estas tres palabras estaban tan mal escritas y el renglón tan torcido, que estuve pensando sino sería mejor volverlo á escribir de nuevo. Estaba triste, mirando mis garabatos, murmurando entre mí: «¿Por qué es tan bello y está tan bien ordenado en mi cabeza, mientras sobre el papel está tan mal reproducido, como sucede en general en mi vida práctica, cuando quiero aplicar una idea cualquiera?»

Entró Kolia.

—Ha llegado el confesor,—dijo.—Tenga usted la bondad de bajar para los rezos.

Escondí el cuaderno en el cajón de mi mesa, me miré en el espejo, me peiné hacia atrás los cabellos, cosa que á mi juicio me daba un aire pensativo, y bajé á una salita en donde las santas imágenes estaban ya en orden sobre una mesa cubierta por un mantel; alrededor de las imágenes había encendidos seis cirios.

Cuando entré llegaba papá por otra puerta. El confesor, un fraile viejo, de cabellos grises y de semblante austero, bendijo á papá que le besó la mano corta, ancha y arrugada, y yo hice otro tanto.

—Llamad á Volodia,—dijo papá.—¿En dónde está?— O mejor, no; dejadlo, se está preparando para la Comunión en la Universidad.

—Está ocupado con el príncipe,—dijo Catalina mirando á Liubosthka.

Liubtshka se ruborizó, frunció las cejas, y fingiendo que le dolía no sé qué salió de la habitación. Se había detenido en medio del salón, y con el lápiz añadía algo en el papel.

—¡Cómo! ¿otro pecado?—le pregunté.

—No, no es nada,—respondió ruborizándose más aún.

En aquel momento se oyó en la antecámara la voz de Dmitri que saludaba á Volodia.

—Todo es tentación para tí,—dijo Catalina al entrar dirigiéndose á Liubotshka.

No comprendí lo que pasaba á mi hermana, que estaba toda confusa hasta el punto de que sus ojos se llenaron de lágrimas y su emoción se trocó en despecho contra sí misma y contra Catalina, que evidentemente la provocaba.

—Se ve bien,—le dijo,—que eres *extraña* á nuestra familia (nada en el mundo podía ser más ofensivo para Catalina que esta palabra, y precisamente por esto se servía de ella Liubotshka).—Cabalmente durante un misterio como este,—continuó con voz solemne,—haces cuanto puedes por distraerme... Deberías comprenderlo... eso no es muy cortés.

—¿Sabes, Nicolás, qué es lo que ha escrito?—dijo Catalina herida en lo vivo porque le había llamado *extraña*.—Ha escrito...

—No te habría creído nunca tan mala,—interrumpió Liubotshka irritada, separándose de ella.—En verdad, en estos momentos todo os induce al pecado. Yo no te voy á fastidiar á tí con tus sentimientos y tus penas.

## CAPITULO LI

### La confesión

Con esta falta de recogimiento y con estas distracciones entré en la sala donde todos estaban reunidos. El fraile se levantó á leer los rezos que preceden á la confesión. Apenas en medio del silencio general su voz se alzó penetrante y solemne, volví á experimentar mis impresiones de la mañana, especialmente cuando oí estas palabras: «Confesad todos vuestros pecados sin vergüenza, sin reticencias, sin tratar de justificaros, y vuestra alma quedará purificada en presencia de Dios; pero si omitiérais algo, sobre vosotros pesará una gran culpa.»—A este pasaje se despertó en mí aquel terror religioso que sentía por la mañana pensando en el santo misterio; experimenté una gran alegría tener conciencia de él, y traté de prolongar aquel estado de mi conciencia, no divagando con el pensamiento y esforzándome en tener miedo.

Papá fué á confesarse el primero y permaneció mucho tiempo encerrado en la habitación de mi abuela. Todos los que estábamos en la salita callábamos, ó en voz baja disputábamos sobre quien iría después de papá. Al fin se oyó detrás de la puerta la voz del sacerdote que leía los rezos, y después los pasos de papá. Chirrió la puerta y apareció, moviendo rápidamente su hombro agitado por el *tic* nervioso ordinario, y sin mirar á nadie.

—Anda, Liubotshka, á tí te toca y ten cuidado con decirlo todo, porque eres una terrible pecadora,—dijo bromeando y pellizcándole la mejilla.

Liubotshka se puso pálida, después se sonrojó; sacó del

bolsillo del delantal su papelito, lo repasó y volvió á ponerlo en el bolsillo; bajó la cabeza, hundiéndola entre los hombros como quien espera oír una buena filípica, y entró.

No permaneció mucho tiempo con el confesor, y cuando salió toda su personilla estaba agitada con fuertes sollozos.

Después de la bella Catalina, que se sonreía al salir, me tocó á mí. A mi vez salí feliz y, á mi entender, purificado, regenerado, hecho otro hombre, en suma. Me desagradaba, con todo, ver que nada había cambiado en la casa; las mismas habitaciones y los mismos muebles hasta, me enojaba el encontrarme con las mismas caras. Hubiera querido que todo el mundo exterior sufriese aquella misma metamorfosis á que según mi entender había estado sometida mi alma; á pesar de todo conservaba mi bienestar moral en el momento de irme á la cama.

Aún me hallaba entre el sueño y la vela, cuando desfilaron por mi mente todos los pecados de que me había purificado. De pronto me acordé de una gran culpa de la cual no había dicho ni una sílaba. Resonaron en mis oídos las palabras de la plegaria que precedió á la confesión y, ¡adiós tranquilidad! Le oía aún:—«Pero si omitiéseis algo, pesará sobre vosotros una gran culpa» y veía en mí un pecador tan terrible, que no encontraba castigo adecuado á mi crimen.

Por mucho tiempo me revolví en la cama reflexionando sobre mi situación y esperando recibir el castigo del cielo; no me habría maravillado morir instantáneamente, y esta idea me ocasionaba un terror indescriptible. Por fortuna se me ocurrió que apenas fuese de día, podría ir al convento á confesarme de nuevo, y este pensamiento me calmó.

## CAPITULO LII

### En el convento.

El temor de llegar tarde me hizo desvelarme varias veces durante la noche. A las seis ya estaba de pie. Apenas rayaba la aurora y Kolia no había venido aún á recoger sus vestidos y sus zapatos que al desnudarme había arrojado en desorden junto á la cama. Me puse la ropa sin cepillar y los zapatos sucios y sin peíname, sin lavarme siquiera, salí de casa solo por la primera vez en mi vida.

Sobre el verde techo de la gran casa frontera, la aurora de una fría mañana aclaraba el cielo nebuloso; una fuerte helada había endurecido el lodo que crujía bajo los pies; los arroyos estaban helados y el frío me punzaba el rostro y las manos.

Había pensado tomar un coche de alquiler para ir y volver lo más pronto posible, pero no ví en el camino más que unas carretas y dos albañiles que iban charlando; pero ni una sombra de coche. Al poco rato encontré gente con canastos que se dirigía al mercado ó cargada de cántaros para ir á buscar agua.

En una enrucijada ví á un pastelero, después á un tahonero que abría su horno; al fin divisé una carretela parada, forrada de tela azul, descolorida y remendada. El cochero, un viejecillo de mala traza, dormía y no estando aún muy despierto, me pidió solamente cuarenta kopeks por la ida y vuelta al convento. Estaba á punto de subir cuando se le aclararon las ideas, dió con la fusta al caballo y partió murmurando: ¡No puedo, *barine!* (señor) necesito dar de comer al caballo.